

Emigración: Hemorragia humana

A diario salen del país rumbo al Norte magnético. No los atrae el magnetismo de la tierra, sino el magnetismo de una vida mejor en el país de la esperanza, Estados Unidos.

Pero allá no los quieren. Han levantado altas murallas de detención. Sabuesos humanos vigilan día y noche para sorprender a los arriesgados. Incansables ojos electrónicos detectan a los intrusos.

Deben superar fatigas sin cuento, riesgos mortales, asaltantes desalmados. El viaje es interminable e inseguro.

Algunos llegan y empiezan una nueva vida explotada, marginada, tal vez clandestina. Otros tienen mejor fortuna. Muchos son deportados y regresan con el estigma de delincuentes, con destrozos anímicos o corporales.

Es la tragedia de la emigración. El país natal no les ofrece oportunidades. Hay que buscarlas muy lejos, corriendo riesgos desproporcionados.

Es el drama de millares de centroamericanos expulsados de su propio país por la angustia económica o la inseguridad social.

Los jóvenes son los que llevan la peor parte. O se quedan aquí despojados del amor paterno o materno, un poco a la deriva. O emprenden la aventura de vivir en un país hostil, amparados en la semiclandestinidad. O quedan atrapados en las redes de pandillas criminales.

Son demasiados los niños y jóvenes que crecen añorando a un padre o una madre que sólo pueden enviarles dinero. Y que cuando vuelven, si es que pueden, resultan ser figuras extrañas, desvaídas por el paso de los años.

Esta marea humana no tiene visos de amainar. A pesar de las mil y una dificultades, sigue el éxodo imparable.

Heriberto Herrera

